

había empeñado la mia con vuestra excelencia, y la cumplo.

A la noche sucedió lo que había dicho.

Gelsomina ignoró siempre aquel infame trato, lo que no impidió muriese al cabo de tres años de matrimonio, dejando á Gabriello una hija, que al presente tiene doce años, y que está dispuesto á vender como vendió á su madre.

Se ve que aquel hombre honrado no había usurpado su nombre de *il signor Mercurio*, de que está tan orgulloso que ha abandonado completamente su nombre de pila y el de familia.

En cuanto á Gaëtano, cuando supo que había sido engañado, y que tomando una cortesana por una marquesa, había perdido aquel tesoro de amor que se llamaba Gelsomina, montó de tal modo en cólera, que dió á la catanesa tal puñalada que faltó poco para que muriese.

De lo que resultó para él una condena de veinte años á galeras.

Le encontramos un mes despues en Vulcano, donde, como se dice en el lenguaje de los presidios, estaba cumpliendo su tiempo.

## SANTA ROSALÍA.

Cuando il signor Mercurio acabó su relacion, Jadin, el baron de S... y el vizeconde de R... entraron : el mozo de la fonda les había proporcionado un balcon en la calle del Cassaro, é iban á buscarme para que le ocupase con ellos.

Se sonrieron al verme mano á mano con il signor Mercurio, que por su parte al verlos, se retiró lo mas discretamente del mundo, llevando los dos duros con que yo había pagado su abominable historia.

Yo, teniendo sobre mi corazon la sonrisa de aquellos señores, y experimentando hácia aquel hombre un disgusto que no podian comprender, puesto que no conocian la causa, llamé al mozo y le dije, que si il signor Mercurio volvía á entrar en mi habitacion, dejaria al punto la fonda.

Aquello produjo sus frutos, y estoy seguro que todavía hoy paso yo en Palermo por un puritano de primera clase.

No pedí á aquellos caballeros mas que el tiempo preciso para vestirme. Como la casa en que habíamos alqui-

lado un balcon distaba apenas quinientos pasos, no creimos á propósito hacer enganchar para aquella, y fuimos á pié.

La ciudad tenia el mismo aspecto de fiesta; las calles estaban colmadas de gente, y necesitamos cerca de una hora para andar los quinientos pasos.

En fin, llegamos á la casa, subimos al segundo piso, y entramos en posesion de nuestro balcon. Habia dos en la habitacion; pero el otro estaba ocupado por una familia inglesa; el inquilino que nos lo habia subarrendado, estaba de pié, dispuesto á hacernos los honores.

La primera cosa que me llamó la atencion al mirar á la calle, fué, en el tercer piso de la casa frente á la en que estábamos, un enorme balcon á manera de una jaula, teniendo el largo de la casa; su forma era combada como la de un antiguo secreter, y su enrejado era bastante espeso para que no se pudiese ver sino muy confusamente á través.

Pedí al dueño de la casa la explicacion de aquella singular artimaña, que por lo demás habia observado ya en otras muchas casas, era un balcon de religiosas.

Hay en las cercanías de Palermo y en Palermo mismo, unos veinte conventos de señoritas nobles: en Sicilia como en cualquier otra parte, se considera que las religiosas no deben tener ya ningun comercio con el mundo; pero en Sicilia, país indulgente por excelencia, se las permite mirar el fruto prohibido, al que no deben tocar. Pueden, pues, los días de fiesta, ir á ocupar su lugar, no diré en esos balcones, sino en esas tribunas, á donde van desde su convento, por lejano que esté, por

pasajes subterráneos y escaleras ocultas. Se me aseguró, que cuando la revolucion de 1820, algunas religiosas, mas patriotas que las demás, llevadas por su entusiasmo nacional, habian echado desde aquel fuerte inexpugnable agua hirviendo sobre los soldados napolitanos.

Apenas se nos hizo aquella explicacion la pajarera se lleno de aquellos pájaros invisibles, que se pusieron al punto á charlar á cual mas. A lo que pude juzgar por el ruido y el movimiento, el balcon debia contener unas cincuenta religiosas.

El aspecto que ofrecia Palermo era tan animado y variado, que aunque habiamos ido lo menos con dos horas de anticipacion, aquellas dos horas se pasaron sin un instante de fastidio: al fin, por el estampido de una salva de artillería que se oyó, por el rumor que se esparció por la ciudad, y el movimiento que se notó entre los concurrentes, conocimos que el carro se ponía en marcha.

Efectivamente, bien pronto comenzamos á distinguírte á la extremidad de la calle del Cassaro, á un tercio de de la que, próximamente, estábamos; avanzaba lenta y majestuosamente arrastrado por cincuenta bueyes blancos con los cuernos dorados: su altura era como la de las casas mas elevadas, y además de las figuras pintadas ó modeladas en carton y en cera de que estaba lleno, podria contener en sus diferentes pisos, y sobre una especie de proa que sobresalia por delante, semejante á la de un buque, de ciento cuarenta á ciento cincuenta personas, unas tocando toda clase de instrumentos, otras cantando, y otras, en fin, arrojando flores.

Por mas que aquella enorme masa estuviese compuesta en gran parte de oropel y lentejuelas, no dejaba de ser imponente. Nuestro huésped se apercibió del efecto favorable producido en nosotros por la gigantesca máquina ; pero meneando la cabeza con dolor, en lugar de mantenernos en nuestra admiracion, se quejó amargamente de la fe decreciente y de la creciente mezquindad de sus compatriotas. En efecto, el carro, que hoy iguala apenas en altura á los tejados de los palacios, pasaba en otro tiempo de los campanarios de las iglesias : era tan pesado, que se necesitaban cien bueyes en lugar de cincuenta para llevarle ; era tan ancho y estaba tan cargado de adornos que derribaba siempre unos veinte balcones. En fin, avanzaba en medio de tal gentío, que era raro que al llegar á la plaza de la Marina, no hubiese cierto número de personas aplastadas. Todo esto, como se comprende, daba á las fiestas de santa Rosalía una reputacion muy superior á la que gozan hoy, y satisfacía mucho el amor propio de los antiguos palermitanos.

En efecto, al pasar el carro delante de nosotros, vimos que las autoridades municipales ó eclesiásticas de Palermo, no sé á punto fijo quiénes, habian tenido mucha economía ; lo que habíamos tomado de lejos por seda, era simplemente indiana, las gasas de draperías estaban muy ajadas, y las alas de los ángeles tenían gran necesidad de reponerse de plumaje, sobre todo hácia sus extremidades, que habian sufrido los estragos del tiempo y del roce de la máquina.

Inmediatamente despues del carro, iban las reliquias de santa Rosalía, encerradas en una urna de plata, y

colocadas sobre una especie de catafalco llevado por una docena de personas, que se relevaban y parecían marchar á uno y otro lado á manera de gansos. Pregunté la causa de aquella originalidad, y se me contestó que era porque santa Rosalía tenía un ligero defecto en el andar.

Detrás de aquella urna nos esperaba un espectáculo mucho mas extraño é inexplicable : eran las reliquias de san Felipe y Santiago, segun creo, llevadas por unos cuarenta hombres, que van sin cesar corriendo desafortunadamente, y que de pronto se detienen. Aquel tiempo de descanso les sirve para dejar que haya un espacio de unos cien pasos entre ellos y las reliquias de santa Rosalía ; en cuanto hay aquel espacio, se echan de nuevo á correr, y no se detienen sino cuando no pueden ir mas lejos ; se paran entonces para volver á partir un instante despues, y el transporte de las reliquias de los dos santos se ejecuta así, por carreras y paradas, desde el momento en que salen hasta que vuelven. Esta especie de mito gimnástico hace alusion á un hecho enteramente en honor de los dos escogidos : un dia que llevaban su urna, no sé por qué causa, de un lugar á otro, pasó por casualidad por una calle que un incendio devoraba : los conductores se apercibieron que á medida que iban llegando, el fuego se apagaba : á fin de que el fuego hiciera los menos estragos posibles, se pusieron á correr ; esta ingeniosa idea fué coronada del éxito mas completo. Por donde el incendio no era considerable, las llamas se extinguieron al punto ; únicamente allí donde el incendio tenía mayores proporciones, fué pre-

ciso detenerse uno ó dos minutos. De ahí las carreras, de ahí los altos. Como se comprende bien, aquella aptitud de los dos santos para combatir los incendios, hace inútil en Palermo el cuerpo real de zapadores-bomberos.

Después de las reliquias de san Felipe y Santiago seguían las de san Nicolás, llevadas por diez hombres saltando y bailando. Aquel modo de rendir homenaje á la memoria de un santo nos pareció también bastante extraño, y pedimos su explicación: consistía, según se nos dijo, en que siendo san Nicolás durante su vida de un carácter muy jovial, no se había encontrado nada mejor que aquella marcha coreográfica, que recordaba perfectamente su genio alegre.

Detrás de san Nicolás no iba otra cosa que el pueblo, el cual marchaba como quería.

Aquella marcha triunfal que había empezado como al medio día, duró hasta las cinco. Entonces los carruajes circularon de nuevo por las calles; el paseo de la Marina comenzaba.

La noche ofrecía las mismas delicias que la vispera. En general los placeres italianos no son variados; se hace hoy lo que se hizo ayer, y se hará mañana lo que se ha hecho hoy. Tuvimos, pues, fuegos artificiales, bailes en la Flora, corso á las doce de la noche, é iluminaciones hasta las dos.

Asistiendo á los honores hechos á santa Rosalía de Palermo, nos habíamos obligado para el día siguiente á ir en peregrinación á su capilla, situada en la cima del monte Pellegrino. En consecuencia, pedimos á la

vez un carruaje y asnos; un carruaje para ir en él mientras el camino fuera de ruedas, y asnos para lo demás del camino.

El monte Pellegrino no es, á decir verdad, mas que un esqueleto de montaña; toda la tierra vegetal que en otro tiempo la cubría, ha sido sucesivamente arrastrada al llano por el viento ó por la lluvia. Un magnífico camino hecho sobre arcos y digno de los antiguos Romanos, conduce hasta la mitad de su altura, sobre poco mas ó menos. Allí encontramos, como lo habíamos dispuesto de antemano, una parada de esos magníficos asnos de Sicilia, que si se importasen entre nosotros, avergonzarían, no solo á sus cofrades, sino á muchos caballos: esta superioridad en la especie, es la que sin duda les vale el alto honor de servir de acémilas á los dandys y á los lions de Palermo cuando quieren hacer sus visitas de mañana.

Después de una hora de subida, llegamos á la capilla de Santa Rosalía, que no es otra cosa que la gruta en que la santa, retirada del mundo, vivió lejos de sus seducciones. Encima de la entrada de la gruta, está su árbol genealógico perfectamente en regla, desde Carlo-Magno hasta Sinibaldo, padre de la santa.

Santa Rosalía estaba desposada con el rey Roger, cuando en lugar de esperar tranquilamente en la casa paterna á su real esposo, se huyó una mañana, y desapareció para no volver. Tenía entonces catorce años.

Santa Rosalía se refugió en la caverna del monte Pellegrino, donde vivió solitaria y murió ignorada, entregándose á la meditación y conversando con los án-

gelos. En el mes de julio de 1624, en medio de una peste terrible que devastaba la ciudad de Palermo, un hombre del pueblo tuvo una vision. Le pareció que se paseaba fuera de las puertas de Palermo, cuando una paloma, descendiendo del cielo, se paró á algunos pasos de él; fué hácia la paloma, pero la paloma volvió á tomar su vuelo y fué á posarse algunos pasos mas lejos; la siguió de nuevo, y de vuelo en vuelo la paloma concluyó por entrar bajo la gruta de Santa Rosalía, donde desapareció: entonces el de la vision se despertó. Como puede calcularse, comprendió que semejante sueño no era mas que una revelacion. Apenas llegado el dia, se levantó, salió de Palermo, y vió á la paloma conductora. Entonces se renovó en realidad la vision de la noche. El buen hombre siguió á la paloma sin perderla de vista, y entró un instante despues de ella en la gruta. La paloma habia desaparecido, pero halló el cuerpo de la santa.

Aquel cuerpo estaba perfectamente conservado, y aunque habian pasado cinco siglos desde el momento de su muerte, parecia que la elegida del Señor acababa de espirar en aquel mismo instante; debió morir de edad de veinte y ocho ó treinta años.

El hombre de la paloma volvió precipitadamente á Palermo, y dió parte al arzobispo del sueño que habia tenido y del precioso hallazgo que habia hecho á consecuencia de él. El arzobispo reunió en seguida toda la clerecía; despues, con las cruces y estandartes á la cabeza, fueron á buscar el cuerpo de santa Rosalía á la caverna que le habia servido de tum-

ba, y despues de haberle dejado sobre un catafalco, se trasladó á Palermo, donde se le paseó por las calles llevado en hombros de doce jóvenes vestidas de blanco, coronadas de flores y con palmas en las manos. El mismo dia cesó la peste; era el 15 de julio de 1624.

Desde entonces fué ya imposible dudar que la hija de Sinibaldo fuese una santa, y como esta santa habia salvado la ciudad, se puso bajo su proteccion. Desde aquel tiempo su culto se ha mantenido como una flor de juventud y de belleza que es el patrimonio de muy pocos escogidos.

La entrada de la gruta ha permanecido con su sencillez primitiva; es una especie de vestibulo, tallado en peña viva y adornado con medallones de Carlos III, de Fernando I y de Maria Carolina. Este vestibulo está separado del santuario por una abertura que va de la bóveda á la cima de la montaña, y por la que penetra la luz; plantas y flores de enredaderas han crecido en aquella grieta, y caen formando una guirnalda en lo interior de la caverna: á cierta hora del dia, los rayos del sol penetran por la abertura y separan el vestibulo de la capilla por un ardiente rayo de luz.

El santuario contiene dos altares.

El primero, situado á la izquierda, está dedicado á santa Rosalía. Se levanta en el mismo sitio en que fué hallado el cuerpo de la santa. Una estatua de mármol, obra de Caggino, ha reemplazado las reliquias, que se han encerrado en una urna. Esa estatua representa una bella virgen echada en la actitud de una joven que duerme: tiene la cabeza apoyada en una de sus manos

y en la otra tiene un Crucifijo. El manto en que está envuelta es un regalo del rey Carlos III, que costó 5,000 duros; tiene además un collar de diamantes al cuello, sortijas en todos los dedos, y en el pecho, colgando de una cinta negra y otra azul, las cruces de Malta y de María Teresa. Cerca de la santa hay una calavera, una escudilla, un bordon, un libro y una disciplina de oro macizo: como la túnica, estos diferentes objetos son regalos del rey Carlos III.

El segundo altar, situado al fondo de la gruta y frente á su entrada, está colocado bajo la invocacion de la Virgen; pero, preciso es decirlo en honor de santa Rosalía, por mas dedicado que esté á la Madre de Cristo, es infinitivamente menos rico, menos bello, y sobre todo menos frecuentado que el primero. Detrás de este altar se encuentra el manantial en que bebia la santa.

La capilla de Santa Rosalía es, como hemos dicho, el refugio de los amores perseguidos. Si los amantes á quienes se les quiere separar, llegan el dia menos pensado á reunirse y no se los coge en el tránsito desde Palermo á la montaña, están en salvo: una vez en la caverna, cesan los derechos de los padres y comienzan los de la santa. El sacerdote les pregunta si quieren unirse, y con su respuesta afirmativa, les dice la misa: concluida la misa, están desposados; pueden volver en medio del dia, y cogidos del brazo, á Palermo. Los padres no tienen ya nada que decir.

En el momento que llegábamos á la capilla, el sacerdote, segun toda probabilidad, autorizaba una union de este género: un jóven y una jóven estaban arrodillados

delante del altar, sin otro testigo de su union que el sacristan que ayudaba á misa. Nuestra llegada pareció causarles al pronto alguna inquietud, pero habiéndonos reconocido como extranjeros, no fijaron ya su atencion en nosotros. Nos arrodillamos á algunos pasos de ellos, esperando á que la misa terminase.

Concluida la misa, se levantaron, dieron gracias al sacerdote, salieron de la gruta, montaron sobre sus asnos y desaparecieron. Estaban casados.

Preguntamos al sacerdote, el cual nos dijo que casi no se pasaba una semana sin que tuviera lugar una ceremonia semejante.

Al volver á nuestro domicilio, nos encontramos para el dia siguiente convidados á comer por el virey príncipe de Campo-Franco; la víspera le habíamos enviado nuestras cartas de recomendacion, y con esa atencion extraordinaria, que no se encuentra mas que entre los grandes señores italianos, en el instante mismo honraba nuestras recomendaciones.

El príncipe de Campo-Franco tiene cuatro hijos; el segundo de ellos es el conde de Lucchesi Palli, casado con madama la duquesa de Berry: estaba momentáneamente en Sicilia para acompañar hasta el panteon de su familia el cadáver de la hija menor, nacida durante el destierro en Blaye, que acababa de morir.

Como aquel convite era para la casa de campo del príncipe, situada, como casi todas las vilas de los ricos palermitanos, en la Bagheri, partimos con dos ó tres horas de anticipacion, á fin de tener tiempo de visitar el

famoso palacio del príncipe de Palagonia, modelo de rusticidad y maravilla de locura.

El camino que se toma para ir á la Bagheri es el mismo que habíamos llevado para ir á Palermo. A un cuarto de legua de la ciudad, se pasa el Orethe, el antiguo Eleutero de Ptolomeo y hoy el Fiume de la Amiraglio. Este arroyuelo, pomposamente decorado con el nombre de río, atravesaba otra vez la ciudad y terminaba en el puerto; pero ha sido desviado de su antiguo cauce, en el que se ha construido la calle de Toledo.

En las cercanías de la Bagheri es donde Roger, conde de Sicilia y de Calabria, venció á los sarracenos hácia 1102 en la gran batalla que le presentó Palermo.

Nuestro carruaje se detuvo delante del palacio del príncipe de Palagonia, el que reconocimos al instante por los monstruos sin número que adornan las murallas, que coronan las puertas, y que se arrastran por el jardín; estos son pastores con cabezas de asno, doncellas con cabezas de caballo, gatos con semblantes de capuchino, niños bicéfalos, hombres en cuatro patas, solípedos con cuatro brazos, una reunión de seres fabulosos, á los que el príncipe, á cada embarazo de su mujer suplicaba á Dios diese una realidad permitiendo que la princesa diese á luz algún animal parecido á los que había tenido cuidado de ponerla á la vista para conseguir aquel suceso feliz. Desgraciadamente para el príncipe tuvo Dios el buen gusto de no escuchar su súplica, y la princesa dió á luz buenamente, niños semejantes á

los otros niños, sin mas diferencia que la de encontrarse arruinados el día menos pensado por la singular locura de su padre.

Otro capricho del príncipe era proporcionarse todos los cuernos que podía hallar, cuernos de ciervo, de venado, de bueyes, de cabra, aun colmillos de elefante, todo lo que tenia forma encorvada y puntiaguda era bien recibido en el castillo y comprado por el príncipe casi sin regatear. Así desde la antesala hasta el tocador, desde la cueva hasta el granero, el palacio estaba erizado de cuernos: los cuernos habían reemplazado á los vasos, á las perchas, á las armellas; las arañas colgaban de cuernos, las colgaduras se ataban á cuernos; los armarios, las colgaduras de cama, las bibliotecas estaban coronadas de cuernos. Aunque se hubieran dado veinte y cinco luises por un cuerno, en todo Palermo se hubiera encontrado.

El arte no cuenta semejante trastorno de imaginación: palacio, paseos, jardín, todo esto es de un gusto detestable, y se parece á una casa edificada por una colonia de locos. Jadin ni aun quiso comprometer su lápiz á hacer de él un boceto.

Mientras visitábamos el palacio Palagonia, se reunió con nosotros el conde Alejandro, tercer hijo del príncipe de Campo-Franco; había sabido nuestra llegada é iba á buscarnos, á fin de que tuviésemos quien nos presentara á su padre y á sus hermanos mayores, á quienes todavía no habíamos visto.

Ma vila del príncipe de Campo-Franco es, sin contradicción, por su situación sobre todo, una de las mas

deliciosas que se pueden ver : los cuatro balcones del comedor dan á cuatro puntos de vista diferentes, uno al mar, otro á la montaña, otro al llano, y el último al bosque.

La comida fué magnífica, pero enteramente siciliana, es decir, que hubo muchos helados y gran cantidad de frutas, y poquísimos de pescados y carne. Debimos parecer ictiófagos y carnívoros de primera clase, porque Jadin y yo fuimos los únicos que comimos formalmente.

Después de comer, se nos sirvió el café sobre una azotea cubierta de flores; desde aquella azotea se descubría todo el golfo, una parte de Palermo, el monte Pellegrino, y en fin, en alta mar á lo ancho, como una niebla flotante en el horizonte, la isla de Alciuri. La hora que pasamos en aquella azotea, durante la cual vimos ponerse el sol y cambiar el paisaje con los distintos tonos de luz, desde el dorado vivo hasta el azul oscuro, fué una de esas horas que no se pueden describir, que ve uno en su imaginación cerrando los ojos, pero que no se puede ni hacer comprender con la pluma ni retratar con el pincel.

A las nueve de la noche, noche deliciosa, dejamos la Bagheri y nos volvimos á Palermo.

## EL CONVENTO DE CAPUCHINOS.

El día siguiente estaba consagrado á las correrías por la ciudad : un jóven, Arami, compañero de colegio del marqués de Gargallo y para quien este último me había dado una carta, debía acompañarnos, comer con nosotros y desde allí conducirnos al teatro, donde se representaba una ópera.

Comenzamos por las iglesias, el Domo tenía derecho á nuestra primera visita; le habíamos ya recorrido el día de nuestra llegada; pero preocupados con la escena que pasaba en él, no habíamos podido examinar sus detalles. Por lo demás, estos detalles son muy poco importantes y curiosos, habiendo sido revocado de nuevo lo interior de la catedral : fuimos al punto á los sepulcros reales que contiene : el primero es el de Roger II, hijo del gran conde Roger, y el cual fué también conde de Sicilia y de Calabria en 1101, duque de Pulla y príncipe de Salerno en 1127, rey de Sicilia en 1130, muerte al fin en 1154 después de haber conquistado á Corinto y Atenas.

El segundo es el de Constanza, á la vez emperatriz y